

En una casita blanca en la montaña

En una casita blanca en la montaña, donde las mañanas son nuevas y el aire el novio del futuro, vive el asesino.

Tiene un jardín donde crecen todas las flores. Cuando se duermen los bulbos despiertan las alexias silvestres, durante todo el invierno resisten unas violetas únicas llegadas de otras tierras al sur, en primavera encandila.

El camino a la casita blanca en la montaña siempre está bueno. No es como una ruta, es mucho mejor que eso, gracias a unas piedras pequeñas que parecen hablarles al que anda. Quien las pisa escucha un murmullo que parece decir: "buen viaje, buenos días, saludos por la casa".

Los árboles se tocan en las copas y nunca se molestan. Esos árboles parecen acariciarse entre ellos y con las nubes, que sin duda los admiran.

En esa casita blanca, el asesino toma mate. Esperar no lo aburre ni le entusiasma demasiado. Esperar es su método y su circunstancia.

En verano la siesta es un reparo. Allí no se descansa; se nace de nuevo, se revive.

Tiene un aire sereno y señorial, el asesino.

Tiene un gesto que genera confianza, esa casa.

Tiene ventanas y puertas y olores que amansan toda ira; tiene paciencia y recuerdos y un cielo nublado que presagia muy poco.

Y tienen un hambre interminable, ese asesino y esa casa.

La casita blanca en la montaña tiene ocho habitaciones sin contar dos pequeñas donde viven los empleados: Carlino el jardinero y Teresa la chica de toda la vida.

La eficiencia de Carlino se aprecia de lejos, la de Teresa solo la ve quien entra. Esa casa brilla por los cuatro costados. Los pisos, la cocina, las lámparas, los ventanales, las escaleras, los baños. Es que el matrimonio Zaldívar es muy exigente.

Los Zaldívar ocupan dos piezas a la vez, solo duermen juntos cuando llegan visitas. Las dos ventanas de los dos Zaldívar tienen vista a la cancha de golf. Eso es lo único en que están de acuerdo desde hace 27 años. A los dos les gusta tener vista a la cancha de golf.

La señora Zaldívar odia a su marido. Se lo ha dicho pocas veces y se lo ha demostrado una vida.

El señor Zaldívar detesta a su esposa. No se lo dijo nunca y se lo demostró siempre.

Tienen terror de separarse y poseer solo la mitad de esa casita blanca, esa montaña y esa vista.

Carlino y Teresa, los empleados de la casa, son amantes. Cuando el señor Zaldívar todos los terceros miércoles de su vida a las 19:50 se toma el vuelo a capital, esperan que la señora Zaldívar tome su pastilla de dormir, y entonces salen desnudos en un carrito de golf a juntar hongos si es otoño y todo el año pelotitas perdidas.

En la casa blanca en la montaña, en el lote 9 del barrio cerrado con cancha de golf, aburrido y tenaz, vive el asesino. Mas amante de la burocracia que de la acción, todos los días asesina un cachito a estos Zaldívar.

Ya se tomó varios años y piensa tomarse varios más, y planea dejar solo evidencias.